

ABRIENDO CAMINOS PARA PLANTAR FUTUROS

Recuerdo aquella excursión al Castillo de Javier. Yo era muy pequeña y fue una de esas escapadas que hacíamos con mis padres y sus amigos. La recuerdo de forma especial porque como compañeros de visita tuvimos a un grupo de jóvenes con dificultades psíquicas.

Todavía me veo mirándoles, no sé bien porqué, ni qué sentí, pero es una imagen que me ha ido acompañando todos estos años.

Ese día, no podía ni imaginar que **la educación especial** se iba a cruzar en mi vida, y no sólo eso, sino que iba a acompañarme ya para siempre.

Conforme pasó el tiempo, pude dar nombre a las sensaciones de aquella tarde: temor, incompreensión...y estoy segura que todo ello me lo provocó el desconocimiento de lo que algún día iba a convertirse en uno de los puntos fuertes de mi vida: la educación especial.

A lo largo de todo éste tiempo, con éste recuerdo, he intentado no volver a sentirme así.

En ese afán de aprender, conocer, saber, vivir...he ido pasando por muchas cosas que me han ido formando poco a poco como persona y profesional.

En mis primeros pasos como profesora de Audición y Lenguaje y de Educación Especial, cuando apenas había empezado a caminar con algo de seguridad, me fui como **voluntaria** a Perú, era un lugar casi escondido de la Selva Central donde se encontraba un colegio de niños sordos, ciegos, con parálisis cerebral y retraso mental que estaba comenzando su andadura, como yo iniciaba por aquel entonces la mía.

Mi misión era colaborar y apoyar, así que cogí el pequeño bagaje con el que contaba, que me habían enseñado en la universidad, que yo me había ido elaborando, que otras personas me habían acercado...y partí a Lima.

Después de trece horas de avión hasta la capital, ocho de autobús hasta San Ramón habiendo pasado por el Ticlio a 4818m de altura y haber sufrido el soroche, una hora de coche hasta Perené y diez minutos en moto taxi hasta el colegio...lo primero que pensé es que llegar allí había merecido la pena (tanto que volví otras dos veces más), que iba a ser una experiencia que iba a marcar mi vida (y así fue), pero sobre todo sentí que todo lo que había traído en la maleta podía quedarse en ella, que allí estaba yo sí, con la poca pared que como persona y profesional me había ido construyendo en España caída a mis pies, que tenía dos opciones, echarme las manos a la cabeza y decir que poco podía aportar allí (puesto que no se parecía a nada de lo que me habían enseñado los libros ni la universidad), o dejar esa pared en el suelo, cogermela a mí misma y las hermanas y maestras que me acompañaban allí y ver que podía hacer, sabiendo que debía empezar de cero.

Elegí la segunda opción.

Llegué a casa de las hermanas que me enseñaron con el ejemplo lo que era la acogida, la fraternidad, el hacerme sentir en casa a pesar de estar a miles de kilómetros de ella, a sonreír con gente a la que apenas conoces, a dedicar un rato de tu día a quien llama a tu puerta esperando de ti sólo esos minutos, a aprender que pequeñas cosas pueden ser grandes regalos si realmente quieres hacerlo posible...y sobre todo, aprender de cada persona que me cruzaba en el camino.

Luego fui al colegio...no había recepción, ni sala de espera con sillones, ni lámparas, ni un comedor, ni un patio de recreo...era un anexo de la Iglesia convertida en clase, y os aseguro que sin duda lo habían conseguido.

Entré directamente y me encontré con niños doblemente especiales, personas que nada tienen y todo lo dan, ojos que sólo me pedían un abrazo y me devolvían cariño, alegría, esperanza...

Y así con toda esa mezcla de sentimientos, es como viví allí esos dos meses.

No habría páginas suficientes para contarlo todo, es algo que hay que hacerlo, sentirlo y vivirlo para poder entenderlo. Pero sí os contaré alguna pincelada de mi experiencia como profesional allí.

Recuerdo siempre a Hans con un cariño especial porque fue el primer niño que me enseñó realmente aquello que nos dicen de que cada niño es un mundo, que cada uno tiene sus necesidades y que es muy importante conocerlas si queremos poder trabajar con él.

Empecé con él a sacarlo del aula y llevarlo a un huequecito que nos dejaron para trabajar lo que yo creía que era la logopedia, en el lugar que creía que debía trabajar, un gabinete.

Sabía poco de él, porque los días pasaban y yo tenía que aprovechar esos dos meses para trabajar con esos niños en lo que habían habilitado como mi sala.

En la primera sesión empecé a poner en práctica lo que sabía (era poco, pero me parecía suficiente para poder sacarle algún fonema), no me atendía, me miraba de vez en cuando pero sólo por el color de mi piel, no se sentaba... y así hasta que al final alargó la mano para pegarme... fue entonces cuando me di cuenta de que no me servía casi nada de lo que había aprendido, por lo menos con él, y con otros muchos de los niños que había en ese colegio.

Lo cogí, lo abracé, se relajó, lo tumbé en el suelo y cerró los ojos mientras yo pasaba un estuche por toda su espalda, los abrió, se levantó y me abrazó. Y así fueron nuestras primeras sesiones.

Descubrí que Hans, además de ser un niño sordo, tenía necesidades mucho más básicas que cubrir; su madre desaparecida, vivía con su abuela que se hacía cargo de él y otro hermano más; su padre borracho, que aparecía de vez en cuando en la casa para golpearles. Que cada tarde cuando salía del colegio iba al río a coger algún pescado para llevarlo a su abuela para cenar. Esa era su vida, eso es lo que había recibido, lo que había aprendido y lo que él enseñaba de sí mismo.

Todo esto lo entendí cuando al salir del colegio cada tarde cogíamos una moto taxi, o en la parte de atrás de un camión que iba en esa dirección y nos íbamos a ver a los niños a su casa, o cuando nos habían dicho que en una aldea había una niña con problemas e íbamos preguntando, preguntando hasta que dábamos con la casa y llamábamos a la puerta intentando convencer a unos padres que no tenían para comer que trajesen a sus hijos a la escuela, porque con ellos podíamos hacer algo más que tenerlos todo el día en una habitación encerrados porque no servían para ir a la chacra (campo).



Ese era nuestro día a día. Y ese es el día que me enseñaron esas hermanas y esas profesoras que creyeron en la discapacidad como conjunto de múltiples capacidades que estaban todavía por descubrir en cada uno de esos niños; en esa discapacidad con realidades diferentes pero que si se conocen pueden cambiar su mundo.

Ese mundo en el que como profesionales tenemos que creer, más lejos de enseñar “un fonema u otro”, debemos conocer sus prioridades para poder continuar, y eso lo conseguiremos sin duda, cuando sepamos conocer el mundo de cada alumno.

Allí se quedó buena parte de mí, y hay veces que echo la vista atrás y sigo sintiendo nostalgia, porque allí es donde sentí que por fin mi trabajo y mi persona podían ser útiles. Si habéis leído el libro de “Una maestra en Katmandú”, de Vicky Sherpa, o visto la película “Katmandú, un espejo en el cielo”, seguro que entendéis muchas de las cosas que digo.

Pero hace ya muchos años, hablando aquí en España con una hermana sobre la nostalgia de la labor como voluntaria, me dijo que cada persona debe saber darse allí donde esté; y es justo eso lo que me recuerdo muchas veces.

Mi vida ahora está aquí, en Zaragoza; como **profesional, en el Colegio La Purísima para niños sordos**; y en ese intento de querer aprender cada día, de evitar el desconocimiento del que hablaba al principio, aprovecho cada oportunidad que me da mi trabajo y la gente que me quiere y confía en mí, para creer en ese trabajo en equipo tan necesario en nuestra profesión. Un trabajo en el que si un eslabón de la cadena falla, el que no funcionará será el niño que tengamos delante.

En éste momento, mi labor en el colegio se centra en el gabinete, como profesora de Audición y Lenguaje y como tutora de dos grupos de combinada.



Pero cuanto más aprendo, y cuanto más se de mi trabajo, aumenta mi conciencia de la necesidad de conocer todo lo que rodea a mi profesión. No me conformo sólo con estar en mi “agujero” y hacer las cosas lo mejor que puedo y sé. Me gusta conocer los otros eslabones de la cadena para darme cuenta realmente de lo importante que es trabajar juntos.

Esta forma de plantearme mi labor me llevó a que en cuanto tuve la oportunidad asistí a una operación de implante coclear en el quirófano del hospital y luego a la primera programación de ese implante.

Si en la labor pedagógico rehabilitadora con los niños sordos hemos de ser conscientes de la pertenencia a un equipo de trabajo que empuja en la misma dirección la marcha de nuestros alumnos, en el caso del niño implantado a éste equipo se suman personas clave en su puesta en marcha y seguimiento, que nos pueden ayudar enormemente facilitando nuestro trabajo.

Fueron dos momentos difíciles de explicar.

En la ***cirugía del implante***, al principio sentí respeto, miedo...vestirme de forma especial para el quirófano, los patucos, la mascarilla, el gorro...las advertencias de que ni rozase nada verde de lo que había en la sala...las dudas de si podría aguantar la sangre, el olor...era un mundo que no me pertenecía, del que me sentía muy lejos, pero al que daba las gracias por poder estar y conocerlo.

Empezó la operación...el que estaba en la camilla era un niño al que yo quiero mucho y el que me había dicho que no iba a tener miedo, porque cuando se durmiese y se despertase estaría yo dándole la mano. Así que los sentimientos y las ganas de que todo fuese bien estaban por añadidura.

Era el segundo implante para Saúl, así que el corte detrás de la oreja tuvo que hacerse con un bisturí por vibración para no dañar el primero (una cosa menos, no tendríamos ese olor tan especial y al que le tenía cierto temor...), las tijeras con forma de peine que abren la piel haciendo el hueco por donde van a trabajar, la "herramienta" que a veinte mil revoluciones por minuto rasca el mastoide hasta hacer el orificio; parte dura del hueso, parte porosa (que comunica la zona baja de la mastoide con la nariz y aporta oxígeno al cerebro) y llega uno de los momentos de más tensión, donde no se oye más que la voz de los dos médicos guiando uno las manos del otro, hay que pasar por un espacio de tres milímetros que está rodeado por el tímpano y el nervio facial...es ahí donde se hace la cocleostomía y por donde pasará el haz de electrodos; vemos el yunque, la ventana redonda...y soltamos esa respiración contenida cuando dicen que todo ha ido bien!

Toca hacer el hueco de la parte interna del implante que queda totalmente encajada en la mastoide, os aseguro que es una gran obra de ingeniería.

Metan los electrodos en posición recta, tiran del "alambre" y se enganchan en la coclea adquiriendo su forma como si ella supiese que eso iba a devolverle la vida.

Comprueban que la parte interna funciona antes de cerrar la operación, momento inolvidable como los haya....un estímulo, el tendón se mueve...fuerte/suave, movimiento rápido/ lento....todo está perfecto!

Sujetan la parte interna con hilo, sustancia que lo sella, puntos interno y externos y al despertar!!

Fue una suerte el tener dentro de ese quirófano a grandes profesionales y personas, que me explicaron todo con mucha paciencia, imagino que aun dudando de cuánto iba a entender en ese mundo médico tan lejano a mi día a día, que me dejaban asomar la cabeza a la mesa de operaciones en los momentos más importantes, que me acercaban al ordenador cada vez que comprobaban que un electrodo funcionaba y sobre todo que supieron transmitirme el cariño por su trabajo, la ilusión y alegría en cada paso que salía bien, la gran profesionalidad con que se enfrentaban a cada reto de la operación y, sin duda, la cercanía como personas.

Fue una suerte poder conocer ese eslabón de la cadena y que en ocasiones me ha servido para tranquilizar a unos padres pudiendo explicar un poquito de lo visto, el entender por la

gran operación por la que tienen que pasar esos niños sólo porque nacieron con algo diferente y, como no, acompañar a Saúl fue un gran regalo.

Os aseguro que fue uno de los momentos de mi vida en que más adrenalina he sentido: miedo, preocupación, tensión, esfuerzo contenido para ver y aguantar, alegría y sobre todo esperanza de que ese niño ya tiene un pequeño paso en esa gran carrera que le durará toda la vida y que es el escuchar.

Para Saúl, las cosas no habían hecho más que empezar...igual que para Belén, Lucía y para tantos otros niños.

También a ellas tuve la suerte de poder acompañarlas en el siguiente eslabón de la cadena...: **la primera programación de su implante coclear.**

Fue un momento muy especial, que me hizo pensar en todas esas cosas que nos han sido regaladas y que yo, por ejemplo, nunca he agradecido. Sí, esas cosas como el poder oler, gustar, tocar, ver u oír.; esas cosas con las que crecí a lo largo de estos 30 años y que nunca eché en falta.

Y con ese sentimiento me vi en la sala de espera con una niña de tres años ajena al mundo del sonido y unos padres impacientes que sabían de la importancia de ese momento para la vida de su hija y de ellos.

¿Cuánto crees que tardará en oír ya bien?, ¿Será pronto?, un montón de preguntas de los papás llenaban la espera; la mamá miraba su reloj...

¡Ya nos toca!, ¡Todo listo y empezamos!

La primera confirmación: la parte interna está bien; la sonrisa de esa mamá a la que ya no le importa la hora de su reloj.

Continuamos; primer contacto con ese "aparato" que seguro en adelante para Lucía será mucho más que eso..., un electrodo, otro, "pitidos"... y de repente la niña que jugaba ajena a nuestra miradas de... ¿impaciencia, miedo, curiosidad...?, se para, mira, pone cara de susto, se pone pálida, busca a su mamá y se acurruca en su regazo, mirándonos a todos sin entender qué le está pasando.

El papá, que nunca antes había visto esa expresión en la cara de su hija; la mamá, que dice en voz alta "por fin el momento que tanto había esperado...", y recoge a su niña entre sus brazos.

Es entonces cuando contagiada, casi con lágrimas en los ojos, me doy cuenta de muchas cosas...

¿Qué siente una niña que escucha y se asusta por primera vez en su vida con dos años y ante algo que a nosotros se nos dio desde que estábamos dentro de nuestra madre?

¿Qué sienten esos padres en ese momento en el que se enciende la luz más esperanzadora en el camino de su hija?; esa luz a la que otros papás ni siquiera nos detenemos a mirar.

Los programadores, logopedas y demás profesionales... ¿qué sentimos ante una situación como la que yo estaba viviendo en ése momento?

Me sentí afortunada de poder levantarme cada mañana e intentar aportar un granito de arena en cada senda, en cada paso, en cada meta...en cada niño.

Pero sin olvidar que cada una de las programaciones que he visto ha sido diferente, porque cada niño lo es, cada uno tiene su bagaje y realidad como decía antes sobre los niños de la Selva de Perú y con ese convencimiento es como llevo al eslabón de la cadena donde a través de mi trabajo puedo aportar pequeñas cosas.

Y donde más que nunca siento que mi labor no tendría sentido sin esos médicos que con el don de la precisión ponen esa parte física; esa programadora que desde el quirófano y luego cada día me confirma que las cosas funcionan, que sabe explicarme todas las dudas sobre el funcionamiento del implante y a la que siempre recorro cuando como logopeda no sé encontrar ese fallo técnico, esos compañeros sin los que no sabría hacer bien mi trabajo.

Esa necesidad de hacerlo sintiéndolo como una globalidad en todos los aspectos, puesto que sólo así será útil y tendrá sentido.

Una globalidad que incluye en todo lo anterior y como **prioridad al niño**, su contexto familiar, sus vivencias, sus características, sus fortalezas y debilidades... y sobre todo el **conocimiento** por parte del profesional del proceso de integración y salida que CADA NIÑO hace de la información y de cómo facilitarlo y desarrollarlo; creo que esa es nuestra gran labor como rehabilitadores de la Audición y el Lenguaje.

Y para terminar una frase de Paulo Coelho que nos haga reflexionar en ésta labor como profesores: "Cada persona en su existencia puede tener dos actitudes: construir o plantar. Los constructores un día terminan aquello que estaban haciendo y entonces les invade el tedio. Los que plantan a veces sufren con las tempestades y las estaciones, pero el jardín jamás para de crecer"

Ojala que sepamos PLANTAR con cada una de nuestras acciones, la semilla de un crecimiento personal que les lleve a la felicidad de una vida plena.